

quedaba su paso tan fangoso, que creia como imposible que los caballos, mulas, piezas y carros, lo pudiesen verificar en mucho tiempo; que aun despues de vencido el arroyo, les quedaba que atravesar un carrizal de cinco leguas, del que desde luego no saldria una sola béstia útil, por su fangosidad, angostura del camino y atolladeros, y que en su concepto el mejor partido que pudiesen tomar, era el de volver atras por la misma casita en que habian pasado la noche anterior; por cuya inmediacion atravesaba un camino que llamaban del Contrabando, que iba á dar al Rio Colorado en el parage del Atascosito, que era el mismo por donde habian pasado las tropas aquel rio, yendo de Béjar á San Felipe; y como Filisola lo conocia ya, y por otra parte, no habia otro por donde verificarlo, porque el arroyo que habian pasado el dia anterior estaba lo mismo, y no podian ir á tomar el camino que va para San Felipe; el que ademas, conduciéndolos rumbo diametralmente opuesto al de nuestros destacamentos, si los enemigos emprendian alguna operacion sobre ellos, tardarian á lo menos cinco ó seis dias mas en poder darles auxilio, se decidió á seguir el camino que le indicaba el práctico, á falta de el del Casey, que dejaban á la izquierda.

El general Urrea tuvo la imprudencia esa mañana, casi en presencia del general Filisola, de increpar á D. Salvador Cuellar y D. N. Rodriguez, que eran sus prácticos, porque dieron conocimiento á Filisola de los caminos, diciéndoles: *que si el general queria saberlo, que se lo preguntase á él*; y que en tal concepto, cuidado con que voliesen á decirle lo mas mínimo, porque para eso estaba él allí, ¿no era esto querer que no se viese ni oyese otra cosa mas de lo que él queria?

CAPITULO XVII.

Marcha retrógrada del ejército.—Lodazales.—Situacion comprometida.—Penalidades del ejército.—Calidad de la superficie de Tejas.—Algunas reflexiones sobre esta marcha.—Se adelanta el general Urrea con su brigada al Colorado.—Se desprende el ejército de algunos estorbos, para aligerar las cargas.—Se da orden al comandante de Guadalupe para que remita algunos víveres al Atascosito.—Redoblan las penurias de la marcha.—Continúan las brigadas al Atascosito.—Ampudia queda encargado de sacar la artilleria y los carros, del lodo.—Llegan las brigadas á un bosque, y vuelven las mulas de carga atras, por otras.—Se refuerza la escolta de Ampudia.—Aparece á la retaguardia el traidor Seguin.—Enfermedad de la tropa.—Llega Filisola al Atascosito, en el Colorado.—Se ocupa de construir una balsa.—Falta de subordinacion de Urrea.—Marcha para México el general Sesma.—Espedicion del ayudante Rivera.—Se previene al comandante de Goliad, para que auxilie á las goletas, para que vuelvan á Matamoras por mas víveres.—Se reciben otras comunicaciones del general Santa-Anna.—Oficio.—Carta particular.—Contestaciones.—Llegan al Colorado los últimos restos que habian quedado en los atascaderos.—Llega tambien, con su brigada, el general Gaona, y se acaba de pasar de este otro lado del río.

Por último, entre diez y once de aquel dia, se emprendió la marcha con la primera y segunda brigada; y habiendo solicitado el general Urrea quedar algun tiempo mas en el campo, con el objeto de que la tropa acabase de secar su ropa, y no presentando inconveniente alguno, porque la marcha debia ser muy pesada por la artilleria y carros, en razon á lo atascoso del camino, y que el po-

dia reunirse con su brigada, que venia mas á la ligera antes de llegar al campo, no hubo embarazo en permitirlo.

A cosa de las tres de la tarde, llegaron á tomar el camino que se habia indicado: el terreno que habian transitado, y por el que nuevamente se dirigian, era fatal de atascoso: de consiguiente, la artillería y los carros andaban con mucha dificultad, y especialmente estos últimos. En tal virtud se decidió Filisola á acampar sobre la orilla derecha del arroyo que habian pasado el 26; aunque cerca de tres leguas mas arriba, como á dos de andar por el nuevo camino, y á cinco del campo que habiaa dejado por la mañana. Tan pronto como llegaron, que serian las cinco de la tarde, se dispuso que se descargaran las mulas que traian la tesorería, el parque, equipages, proveeduría, &c., y regresaran con el ayudante teniente coronel D. Juan Cuevas, para ir á aligerar los carros; operacion en que se ocuparon hasta las diez de la noche; y con todo, aun descargados los tales carros, todavia costaba á las mulas grandes esfuerzos el arrastrarlos, porque las ruedas se enterraban en el lodo hasta las mazas. El general Urrea llegó al campo al anochecer, con su brigada.

La situacion era de las mas críticas: las dificultades que se habian experimentado en aquella marcha, explicaban bastante las que se les debian presentar en lo que faltaba para llegar al Atascosito: las aguas del arroyo sobre cuya márgen derecha se hallaban acampados, que lo tenian al Norte, rebalsaban por todas partes: el que habian dejado por la mañana, estaba lo mismo, quedándoles al Sur. El terreno que tenian á la espalda ó al Este, estaba todo cubierto de pequeños arroyos, bosques y ciénegas impenetrables; y para complemento de la mas pésima situacion, todo lo que faltaba para llegar al paso del At-

cosito, en el Colorado, daba muestras evidentes de estar convertido en un pantano.

El suelo todo del departamento de Tejas, con muy pocas escepciones locales, es compuesto de una tierra arenisca muy bofa, al grado de que en tiempo de secas, los animales suelen enterrarse en aquellas bofedades hasta el pecho: las primeras horas de un aguacero, la tierra en la superficie se aprieta, y forma pantanos inmensos; pero despues, calando el agua poco á poco, todo lo que á la vista antes era una laguna de agua, se convierte en otra de fango, que á medida que se va oreando, se hace mas espeso, pegajoso é impracticable. En vista de tantas dificultades que los rodeaban, las que no debian ocultarse á los enemigos, por el conocimiento que les asistia del pais; que no debian fiarse de la negociacion que habian entablado con el general Santa-Anna, y que ecentos de estorbos de artillería, carros, cargas, enfermos, &c., &c., de que los nuestros estaban tan abundantes, podian, tomando desde el San Jacinto el camino de San Felipe, llegar antes que nuestras tropas al paso del Rio Colorado, en el Atascosito; creyó pues, Filisola de su deber, y obrando militarmente, hacer todo esfuerzo para ocupar dicho paso, antes que otra cosa pudiese suceder.

En tal virtud se previno al general Urrea, que muy temprano, el dia siguiente, se pusiese en marcha con aquel objeto; dejando su artillería al general Gaona, para ir mas á la ligera.

El general Urrea, hablando de la marcha de este dia, asienta, en la página 34, y parte de la 35 de su diario, que Filisola salió del campo, con las dos primeras brigadas, á las siete de la mañana; y que él, á las tres de la tarde, pasó revista de armas y municiones á su brigada, y que á continuacion emprendió la marcha; que á las dos leguas de caminar, encontró las fraguas y los carros atas-

cados, con enfermos, víveres, municiones, &c., &c., sin escolta ni guía alguno, y en el mayor abandono; que la tropa, oficiales y gefes de su brigada, cargaron muchas cosas para aligerarlos; que mandó avisar á Filisola con uno de sus ayudantes, pidiéndole las mulas de carga, para que llevasen parte del cargamento de ellos; que les dejó escolta, compuesta de las compañías de preferencia de los batallones Jimenez y San Luis; que al anochecer llegó con su brigada al campo donde Filisola se hallaba, y que, por último, á las diez lo verificaron los mencionados carros y escolta; salvando así, por entonces, los enfermos, que en caso contrario, hubieran perecido en parte, por la noche, &c., &c.

Por lo que toca á Filisola, ya dejamos dicho que salió del campo del San Bernardo, de diez á once de la mañana; y que llegaron á cosa de las cinco de la tarde al nuevo campo, llamado del Camino del Contrabando; lo que supone, pasaron seis horas largas en andar las cinco leguas que hay de un punto á otro.

Ecsaminemos ahora el grado de veracidad que encierran los demas asertos del general Urrea.

Primero.—Dice, que á las tres de la tarde pasó revista de armas y municiones á su brigada, en cuya operacion emplearia á lo menos una hora, ó no fué tal revista, ¿luego es claro que emprendió la marcha á las cuatro de la tarde?

Segundo.—Que á las dos leguas de andar, encontró atascadas las fraguas de campaña, los carros, &c. Debemos suponer, que en andar las dos leguas, á lo menos tardaria dos horas, en aquellos caminos tan penosos y llenos de lodo; ¿luego llegó á los carros á las seis de la tarde?

Tercero.—Que encontró á aquellos en un total abandono, sin escolta ni auxilios ningunos, para que pudiesen continuar, y los enfermos, incluso el coronel graduado D.

Miguel Infanzon, espuestos á perecer en manos de los enemigos, y en el desamparo; esto no es seguramente exacto, porque el ejército retrocedia por el mismo camino que habia venido el dia anterior, y por el único que se podia encontrar al enemigo, en aquel laberinto de arroyos invadables, ciénegas y pantanos; pero, por otra parte, ¿cómo decir en el abandono, y sin escolta? Pues qué, ¿no era suficiente su brigada, que no tenia otro objeto que cubrir la retaguardia, y cumplir con todos los demas servicios que le eran anecsos? Qué, ¿en tan poco se estimaba y tenia á los que estaban á sus inmediatas órdenes, que creia deberse dar á los carros y enfermos otra escolta, seguridad y auxilios que los que le pudiesen prestar él y toda su brigada, compuesta de artillería, de los dos mejores batallones, y de toda la caballería que tenia el pequeño ejército? ¿Sin guías para poder continuar! Pues qué, ¿habia necesidad de guías, marchando á la retaguardia de 2.500 hombres de tropas, de seis piezas, sus cureñas de respeto, otros carruages, cerca de 1.200 mulas de carga, y de otra infinidad de personas sueltas? Qué ¿no dejarían bastante huella para poderla seguir, que se necesitaba de guías? ¿Que los enfermos estaban en el desamparo! ¿Cuál era el alojamiento que aguardaba á los infelices en el campo? ¿No era el lodo y el agua? ¿Dónde estarían mejor, ¿en este elemento, ó encima de los carros en que venían? ¿Acaso se apearon de ellos cuando llegaron al campo, y era prudente verificarlo?

Cuarto.—Que mandó á Filisola uno de sus ayudantes para que le enviase las mulas que se hallasen ya descargadas, y á decirle que mientras éstas no llegaran, no se movería de allí; que en efecto fueron, y que con su auxilio y con el de su brigada, que, sin escepcion de los coroneles Morales y Salas, se cargaron todos de sacos á tierra, quedaron aligerados los carros, y dejándoles de escol-

ta las dos compañías de preferencia de Jimenez y San Luis, volvió a emprender la marcha, llegando al anoche- cer al campo donde Filisola estaba. Dejamos dicho, que, segun lo que ha escrito el mismo general Urrea, llegó a las seis de la tarde donde estaban los carros, y al anochecer, al campo en que las tropas se hallaban. Era en el mes de Abril, que anochece a las seis y media: ¿luego todas aquellas operaciones, y andar hasta el nuevo campo, solo le costó a Urrea media hora? En ella tuvo que ir a ver a Filisola su ayudante, para pedirle las mulas; tuvieron que reunirse éstas, porque debe suponerse que estarían ya en el campo; que aparejarse, y llegar donde estaba detenido. ¿A qué distancia, pues, se hallarían los tales carros, el general Urrea, y la brigada, de donde estaba Filisola campado con las demás tropas?

Por otra parte, su deber, no solo era hacer lo que él dice haber hecho allí, sino permanecer en aquel parage, hasta que saliese de él el último individuo que se hallaba detenido; porque esta es la obligacion y el servicio de una tropa cualquiera, nombrada de retaguardia: ¿cuánto más una division como la que él mandaba, que se habia organizado, como lo estaba, solo para aquel objeto?

Dice tambien, al principio de la página 34 de su diario, el general Urrea, que en aquella mañana, Filisola le habló sobre intencion de abandonar los carros, y aun la artillería, para llegar lo mas pronto posible sobre el Colorado, confiado en el armisticio de los colonos, &c.; y al comenzar la página 35, agrega que le manifestó sus grandes temores por la dificultad de poder ocupar con prontitud el paso del Atascosito, en el Colorado, porque él creía que el enemigo se hallaba en disposicion de emprender sobre los nuestros, y que podian ser precedidos por él en el mencionado paso; con otras varias cosas, muy poco honoríficas a dicho general Filisola.

Cualquiera que no esté apasionado, a primera vista advertirá la contradiccion en que se incurre en todo lo dicho; porque, ¿confiaba, o temía a los enemigos? Que no era lo primero, no puede ser mas palpable, cuando al mismo Urrea le dió la orden de que marchase con su brigada a la ligera; pero no por esto tampoco, aquella prudente medida puede calificarse de temor, sino de una precaucion oportuna, en circunstancias en que cualquier otro enemigo, que no hubiesen sido los tejanos, hubiera hecho pagar muy caro el mas mínimo descuido. Nosotros preguntamos al general Urrea ¿qué hubieran hecho nuestras tropas a la salida de aquel inmenso pantano que tuvieron que pasar, desfilando de uno en uno, con el agua hasta la rodilla; la artillería, municiones, equipages, &c., atascados y en una dispersion horrorosa, é incapaces de poder hacer uso de la primera ni de las segundas, y con la precision de ir saliendo de un bosque situado en una elevacion, con solo que lo hubiesen hallado ocupado con 600 hombres? El resultado de esto es bien fácil de inferir, para todo el que entienda algo de milicia, o haya leído alguna cosa de historia, así antigua, como moderna.

Se queja tambien el general Urrea, diciendo, en la página 42 de su manifiesto o diario, que se hallaban atascados en aquel horroroso pantano, porque se habia dejado el camino alto de San Felipe, por venir por el que traian. En primer lugar, todos los caminos de Tejas, con muy corta diferencia, son lo mismo; y desde luego, en aquellos dias no estaria mejor el de San Felipe; y en segundo, que él mismo fué el que persuadió a la junta del dia 25, en la habitacion de Mad. Powel, que tomaran el del paso del Casey, asegurando que era el mejor y el mas corto; pues como en otra parte dejamos dicho, los otros generales no conocian mas que el de San Felipe, que habian llevado al ir a Holds-Fort, ni tampoco tenian otros guias o

prácticos que los suyos; y así es, que si había razon para quejarse, de él mismo era de quien debia hacerlo, de verse reducido á aquella fatal y horrible situacion; y por el contrario, todos los demas que sufrieron sus consecuencias, y muy particularmente Filisola, podian atribuírselo á él; pero como quiera que ni el general Urrea, ni nadie, pudo haber adivinado ó presumídose, el diluvio de agua que les cayó, tampoco pudo ecsistir un motivo racional de echarle la culpa de aquella desgracia. Cuando propuso aquel derrotero, no hay duda que lo hizo con la mejor buena fé, y con la misma se adoptó; de consiguiente, todo cuanto sobre el particular se diga, no puede menos de ser injusto.

En fin, el dia 29, marchó el general Urrea con su brigada al Atascosito: en donde llegó con trabajo, y casi en una total dispersion, á pesar de haber dejado sus dos piezas á la brigada del general Gaona, porque el camino iba empeorando de momento en momento; de modo, que la caballería apenas podia salir de los continuados atolladeros, y las pocas mulas de carga quedaron sembradas por aquel inmenso pantano, que con mucha pena, despues de dos dias siguientes, se fueron reuniendo y llegando al Atascosito.

Filisola se ocupó con los demas generales, en arreglar la marcha de las otras dos brigadas, el parque, armamento sobrante, lo poco que habia de proveeduría, equipages, &c., &c.; y como quiera que habia una imposibilidad física de que los carros pudiesen continuar cargados, como habian ido hasta allí, se procuró aligerarlos todo lo posible. Al efecto, hizo desencajonar los fusiles que llevaban de reserva, y que no podian ir al lomo de ninguna mula, para que los zapadores y las compañías de granaderos llevasen, á mas del propio, uno cada individuo, ofreciéndoles dar una gratificacion, como se verificó; re-

partió tambien los sacos á tierra, que eran de brin, entre todos los cuerpos, para que los soldados los aprovechasen en componer sus pantalones y chaquetas que traían hechos pedazos, y en hacerse morrales en que llevaran en las marchas lo que tuviesen de comida; que unos cuantos fusiles, que solo habian quedado reducidos á sus cañones pegados á unos pedazos de caja, sin llaves, bayonetas ni baquetas, se tirasen al arroyo; con otras providencias por el estilo, que condujeron á espeditar la marcha, todo lo posible.

Escribió desde allí al comandante de Guadalupe Victoria, para que remitiera al paso del Atascosito, en el Colorado, cien cargas de maiz, ó doscientos quintales de galleta, sal y manteca, cuyo flete se le ofreció pagar con puntualidad; indicándole, que si dichos efectos no los habia recibido ya de Goliad, transcribiera la orden á aquel comandante para su cumplimiento, con la mayor violencia.

Verificado esto, emprendió la marcha la segunda brigada; pero notando Filisola que ya habian pasado mas de dos horas, y todavía no podia seguirla la primera, á pesar de las continuas órdenes que mandaba con sus ayudantes para que la avivasen, fué él mismo á ver lo que en treinta años de servicio jamas habia presenciado: hombres, béstias, cañones, todo, podia decirse, nadaba en un mar de lodo; las mulas, no dudemos un momento en asegurar que entraban en el fango hasta la carga; solo ésta las preservaba de que no desapareciesen. Aquel inmenso pantano, ya mas bien de lodo que de agua, estaba salpicado de pequeñas prominencias de tierra, y en las cuales podian apiñarse siete ú ocho hombres en cada una. Dispuso despues, que se descargasen las mulas, y que en hombros de soldados, que se enterraban hasta la cintura, fuesen llevándoselas á los mencionados mogotitos, sacan-

do despues las mulas, casi tambien en hombros: y de esta manera se adelantó la marcha lo que se pudo en aquel dia, hasta un parage en donde medianamente se podian acomodar las cargas, hombres y animales, un poco menos mal; pero que se tenia despues que pasar un hondable de agua y lodo, aunque de muy poca estension, peor que lo que tenian andado. En fin, en este dia, verdaderamente de congojas, hombres, artillería, municiones, equipages, proveeduría, &c., &c., quedaron sembrados desde aquel punto, al de donde habian salido. Aquella noche, puede decirse que no lo fué para nadie; pues, sin embargo de ella, todo el mundo continuó ocupado en ver lo que se adelantaba para el dia siguiente.

El 30, se dió principio á pasar el charco de que se ha hecho mencion; y no fué mucho lo que se pudo adelantar en todo aquel dia, aunque generales, gefes y oficiales, trabajaban á porfia generalmente, al igual del soldado. El tiempo aun amenazaba agua; y era de fé que si caia otro aguacero como los anteriores, hubieran sido bien pocos los que hubieran quedado para contarlos. En aquel inmenso pantano de agua y lodo, no habia una astilla de leña, ni dónde poder adquirirla, para hacer los ranchos, á menos que se hubiera echado mano de los carros, cureñas, ó cajas de los fusiles. Trabajar el soldado todo el dia y noche, no tener un pedazo de galleta, ni modo para que pudiesen guisarles unos pocos de frijoles, porque por desgracia, hasta el ganado que se arreaba para el consumo, en aquella noche lóbrega se desapareció, no podia, por cierto, presentar una situacion mas triste, ni que mas indujese á la indisciplina, á la insubordinacion, y al desorden; pero, es preciso decirlo, para gloria de todos los que se vieron en aquella penosa y desesperada situacion: nadie profirió una queja; y antes, bien, con una resignacion llena de heroismo, no hacian mas de animarse unos

co los servicios que habia prestado en aquella campaña y los que todavia podia hacer á la patria.

El mismo dia, previendo que tal vez podria haber necesidad de hacer avanzar hácia el interior de Tejas al general Andrade con toda la caballería que tenia en Béjar, le previno le remitiese noticia de la fuerza con que contaba en aquella ciudad, los medios de subsistencia, trasportes y estado de servicio en que se hallaban, para sus ulteriores providencias, y que tomase las medidas de precaucion que estimara conducentes á la seguridad y descanso de aquella guarnicion.

El dia 3, pareciéndole ya de absoluta necesidad informar al supremo gobierno verbalmente, por medio de un gefe inteligente, de la verdadera situacion del ejército, así como hacerse avanzar víveres de Goliad hácia Guadalupe, asegurar los caudales que ecsistian para el ejército en Matamoras; y que se acopiasen los víveres que se pudiesen para que le fuesen remitidos, confió esta comision al general D. Joaquin Ramirez Sesma, quien habiéndole dejado lo poco que le quedaba de su provision particular de víveres, los hizo introducir Filisola á la proveeduría, con el esclusivo objeto de que se destinaran al hospital: Sesma se pnsó en marcha al dia siguiente, el cual todo lo ocupó Filisola en hacer pasar el Rio Colorado á las brigadas y cuanto iba enviando Ampudia, de lo que se sacaba de los atascaderos.

En el propio dia, regresó al campo su ayudante el capitán D. Juan Rivera, á quien habia enviado desde el dia 1.º con unas cuantas mulas y un piquete de tropa de caballería, en busca de maiz, á una habitacion que estaba sobre la orilla izquierda río abajo, como en direccion el paso del Casey, que era la misma de donde habia sacado el general Woll el que llevó á Holds-Fort, como ya dijimos; y le habia manifestado que aun quedaba alguno.